

novela frustrada? Confieso que no sé muy bien qué es una novela, y que algunos que sí lo saben aplican el lecho procusteo de su peculiar preceptiva con harta suficiencia. Creo que en *Noticias del Imperio* conviven —como conviven en la realidad— la tensión entre lo histórico y lo poético, lo lineal y lo mítico, la comunicación y la comunión. Es por ello, y sin significación peyorativa, una obra ambigua, lo que me hace recordar lo que escribió otro escritor mexicano, Octavio Paz, respecto a la ambigüedad de la novela: «La novela es una épica que se vuelve contra sí misma y que se niega de una manera triple: como lenguaje poético, mordido por la prosa; como creación de héroes y mundos, a los que el humor y el análisis vuelven ambiguos; y como canto, pues aquello que su palabra tiende a consagrar y exaltar se convierte en objeto de análisis y al fin de cuentas en condena sin apelación»².

Se ha criticado a esta novela de Fernando del Paso de desmesurada informativa, «pedrería decadentista», «verbalismo»³, y de todo ello hay un poco; pero no es la contención la actitud que define a este gran escritor mexicano, y sus obras anteriores, sobre todo *Palinuro de México*, 1975, es buena muestra de su pasión por el exceso, por querer agotar todos los ecos de las voces. Y aquí quizá radique su apuesta y su riesgo: ir de la voz a los ecos, de la poesía —que siempre es economía verbal— a su amplificación retórica. Pero he de destacar el otro lado de esta ambigüedad: sus innegables aciertos narrativos y la profunda y conmovedora belleza de no pocas páginas de este libro, pertenecientes, sobre todo, al monólogo de Carlota. Quiero concluir diciendo que la importancia de este inclasificable libro es doble: es un compromiso intelectual con la historia de México, y un canto de amor, del amor de Carlota por Maximiliano. En ambos sentidos es un libro de gran importancia. No quiero terminar con mis palabras sino con unas líneas del monólogo último de Carlota: «Porque yo soy una memoria viva y temblorosa, una memoria incendiada, vuelta llamas, que se alimenta y se abrasa a sí misma y se consume y vuelve a nacer y a abrir las alas».

Juan Malpartida

² «Ambigüedad de la novela» en *El arco y la lira*, México, 1967.

³ «Noticias del Imperio», Miguel García Posada. ABC, 29 de octubre de 1987.

La pasión del crepúsculo*

Pocas voces como la de Francisco Brines hallaremos en nuestra poesía contemporánea tan fieles a sí misma y tan personales, con sus afinidades bien explícitas y su carga de tradición renovadora. El camino seguido por su obra ha sido una clara vía de la consecuencia. Su credo poético tuvo una inequívoca manifestación en *Las Brasas*, su primera obra, y este «ensayo de una despedida» ha venido desarrollándose sin altibajos como un corpus estremecedor. Hasta *El otoño de las rosas* que ahora nos llega. Y pareciera por lo que digo que este prodigioso artífice de la palabra —orfebre natural del verso, conocedor de la eficacia de un oficio que no obnubila ni distrae sino que sirve a la emoción— ofrece nuevos versos, sin más, a la aquilatada experiencia mostrada. Pero no es así. Aparte de la madura contención expresiva que quiero señalar —un verbo más desnudo— es preciso destacar que en esta nueva obra el Brines sensorial y el Brines metafísico no se reparten en fracciones distintas sino que se fusionan en una misma emoción totalizadora y se sirven el uno al otro sin apenas fisura.

Es conmovedora y admirable la sencillez con que Francisco Brines se acerca a los elementos de la cotidianidad para transmutarlos en su trascendencia. Y resulta especialmente eficaz para este logro el modo en que Brines nos transmite sus luces, nos permite participar de sus aromas, hace táctil su poesía —ejemplo prodigioso de lo que digo es «El más hermoso territorio», poema singular —o nos permite ver, con diáfana expresión, la grandeza del paisaje que escruta. Francisco Brines, en contra de lo que pueda parecer a simple vista, por su nula disposición a los alardes, es un poeta de múltiples registros. Sucede, sin embargo, que no dispersa la riqueza de sus materiales.

En *El otoño de las rosas* el propio título parece indicar la cara y el envés de una misma moneda. El sentido crepuscular de la vida es continua materia de meditación y las rosas aparecen como signo de la pasión —«aspíralas y enciéndete», dice Brines— o como incitación al goce. Porque el poeta está siempre atento al devenir del mundo y a la sorpresa de la belleza. Francisco Brines es un minucioso contemplador del grato suceso de la vida cuando ésta se manifiesta en su engañosa hermosura.

Pero cada vez más, y éste es un libro transido de crepúsculos, la vida se muestra memoria agradecida, recuerdo que no alberga resentimiento desde la reconocida precariedad. Brines se manifiesta en su esplendor desde el conocimiento del vivir y reconoce el don a la luz de su transitoriedad. No se trata de otra cosa, ni tendría por qué, que de seguir indagando en la esencialidad de su orbe propio.

* *Sobre El otoño de las rosas, de Francisco Brines*. Editorial Renacimiento. Sevilla, 1986.

La ausencia, la casa

Pero si hay un Brines distinto en este libro —tan variado en sus temas— es sencillamente el Brines que la vida viene modelando, un resultado de la autenticidad que es característica bien notoria de su propio acontecer y de su poesía. Por eso *El otoño de las rosas* es más crepuscular aún, por eso tiene mayores acentos de despedida («Apenas quedan rosas», nos dice, o habla de «el humo ya agotado de la vida») y por eso se trata, sin duda —la muerte más presente a lo largo de sus páginas—, del libro más elegíaco de este gran poeta elegíaco. Ello no obsta para que al tiempo sea, tal vez, la obra suya que más pasión por la vida contenga.

Pero ahora no se trata tan sólo del conocimiento de la fugacidad de la vida o de la nada esperada como fin de este proceso. Ahora la casa ha sido saqueada por la muerte, ahora el poeta muerde los labios porque no es posible el beso, ahora —otra vez el poeta de la experiencia— han empezado las despedidas de los suyos. De nuevo, las sombras familiares, el paisaje de Elca, el mar, la vieja casa. Ahora, más tangibles las ausencias, llena la estancia de ecos y resonancias de lo que la vida fue. Si Elca —la casa de Oliva, testigo del esplendor de la juventud— ha sido y es atalaya del tiempo en la poesía de Brines, observatorio de la vida en su exaltación más sensual y vigorosa, también ha sido y es, en los libros anteriores y en éste, recinto del cumplimiento de la vida, de la certidumbre de la muerte, relicario que guarda «el secreto entusiasmo de haber sido».

La vida ha ido confirmando los presagios y de esta confirmación se nutre la nueva experiencia de *El otoño de las rosas*. La muerte del padre originará poemas como «El usurpado», «In memoriam J. B.» o «Con un ramo de rosas» —cuánta extrañeza, aliento mágico, sorpresa— exentos de cualquier expresión de sentimentalismo convencional y originales manifestaciones del dolor de la ausencia. Pero habrá de observarse con mayor detenimiento hasta qué punto alcanza este suceso familiar a nutrir las páginas del libro.

Una vez más, en la esencia del mundo poético de Francisco Brines, la evolución se revela unida a su fidelidad a los orígenes. La serena mirada del poeta ha sido educada por este paisaje y en él encontrará todas sus poderosas razones para amar a la vida en la melancólica contemplación de su cumplimiento. La poderosa luz mediterránea de sus tierras, los naranjos o los jazmines, los pájaros diversos o el mar —severa presencia trascendida— no son parte de una escenografía que acompaña a los seres en el declinar de la vida o en el hermoso recuerdo de la infancia evocada o en la juventud exultante en la que el poeta alcanzó la felicidad. Todos esos elementos de su paisaje son viva encarnadura poética, floración de la belleza herida por el tiempo. Porque Francisco Brines es un poeta de la naturaleza que recibe de ella el don: «Un aroma de tardíos jazmines/ da a mi carne vigor y juventud». Su honda capacidad descriptiva lo llevará a la fascinación por el paisaje diverso a través de una vasta geografía que enriquecerá su cosmopolitismo visionario, como ya hemos visto en sus libros anteriores, pero sin que esos otros paisajes que aparecen en *El otoño de las rosas* —Marruecos o Egipto, por ejemplo— dejen de impregnarse de su mirada mediterránea o impidan que la evocación de Elca surja en la lejanía.

El mar ocupa en el paisaje fascinante de este libro un singular papel. Forma parte de la iconografía familiar, como el azahar o los pájaros, y el poeta al referirse a él dirá: